EUGENIO SELLÉS

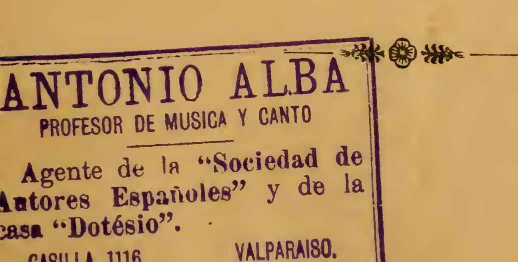
Guardia de honor

COMEDIA LÍRICA

en un acto y en prosa, original

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905



GUARDIA DE HONOR

GUARDIA DE HONOR

COMEDIA LÍRICA

en un acto y en prosa

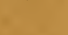
ORIGINAL DE

EUGENIO SELLÉS

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA la noche del
17 de Febrero de 1905



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1905

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA (30 años).................	SRTA. ARANA.
PEPITA (28 íd.).................	SRTA. MONTESINOS.
DON CARLOS (50 íd.)..........	SR. MONCAYO.
DON FERNANDO (55 íd.).......	RUIZ PARÍS.
RIVALTA, guardia de Corps(30 íd.)	ARISTI.
EL LICENCIADO ABRANCA (35 ídem)......................	ARANA.
DON JUANITO (25 íd.)..........	RUIZ DE ARANA.
UN LACAYO (30 íd.)...........	RUIZ.



ACTO ÚNICO

Un jardín en Aranjuez. Fondo de calle de árboles, á cuyo término se ve el Palacio Real, iluminado. A la derecha, la casa de don Fernando y Pepita. A la izquierda, la de don Carlos y Luisa formando esquina En la fachada que da frente al público una ventana baja, practicable. En el jardín una mesita de juego con velas encendidas. Sillas y un canapé. Es de noche y estación de verano. La escena, alumbrada por los dos faroles de ambas casas. Epoca, principios del reinado de Fernando VI. Tanto en la decoración como en los trajes, modales y porte de los personajes se dará á la obra ambiente de elegancia cortesana. Pepita, el licenciado y el petimetre don Juanito accentuarán algo, siempre dentro del buen gusto, sus tipos; la primera de exquisita, el segundo de pedante y el tercero de Narciso enamorado de su persona. Don Carlos sacará frecuentemente una tabaquera de la cual tomará rapé ofreciéndolo á los otros personajes cuando le parezca oportuno. Luisa se abrigará con un chal. Pepita con una manteleta de capucha, cuidando de que ambas prendas se diferencien mucho, no sólo por la forma, sino por su color. Se recomienda que el papel del lacayo sea desempeñado por un actor de buena presencia.

ESCENA PRIMERA

PEPITA, DON CARLOS y DON FERNANDO. Después de los compases de preludio marcados en la partitura, se levanta el telón, y continúa la orquesta figurando ser la que toca una gavota en Palacio.

Don Carlos está sentado junto á la mesita de juego. Pepita y don Fernando en pie en el fondo como escuchando la música. Dicen las frases siguientes acompañadas del preludio

Hablado

D. CAR. La gavota de Palacio.

D. FER. ¡Qué majestad y qué delicadeza!

PEP. Parece inventada para que la bailen reinas y princesas rubias. (Pausa. Después de ella, don Fernando se acerca á Pepita como para hablarle. Pepita le impone silencio diciendo:) ¡Chist, calla! Déjame soñar que estoy bailándola. (Fernando se separa de Pepita, la cual queda como absorta y llevando con la cabeza el compás de la música. Los personajes callan de aquí en adelante hasta que acaba el preludio: entonces empieza el dialogo)

D. CAR. Ya acabó. Se necesita ser muy tonto para divertirse bailando.

D. FER. ¿Entiendes, mi querida esposa? ¿Ves cómo das una muestra de discreción alejándote de los bailes porque te aburres en ellos?

PEP. Muy cierto; no hay cosa más aburrida que un baile.. cuando no se está en él. (Se sienta en el canapé dando muestras de aburrimiento y malestar; á poco tiempo se queda adormecida.)

D. CAR. ¿Entiendes ahora? Pepita no se aleja; la alejas tú. Y por eso te dan fama de estrafalario y celoso. Una dama de su clase tiene la obligación de asistir á las fiestas de la corte.

D. FER. Tanta obligación tienes tú, que eres nada menos que consejero de Castilla, y tampoco vas á los saraos.

D. CAR. Su Majestad me dispensa de ir por mis ataques del corazón. Necesito calma y aire libre. Pero ya ves cómo envío á mi esposa para que baile por ella y por mí.

D. FER. Pues yo dispenso á mi esposa por lo mismo; porque nadie le dé ataques al corazón. Y en cambio voy á bailar por los dos. ¡Y vengan ataques á mil

D. CAR. Pero no es caritativo privarla de lo que tú gozas.

D. FER. No la privo de nada que sea honesto. Mira

cómo la dejo en vuestra casa mientras estais solos. Yo vivo en las antiguas costumbres de recato. Toda la vida española se está corrompiendo con esas costumbres á la moda francesa que nos han llegado de la corte de Versalles. ¡Y qué corte aquella! Cortesanas y poetas; tales para cuales. Retórica y galanteos. Abates enamoradizos y petimetres que no saben más que vestirse y petimetras que discretean en latín y griego para que los maridos á la antigua no entiendan cómo los engañan. ¡Bobalicones!

D. CAR. Observa que tu mujer es de las más refinadas preciosas de la corte.

D. FER. Pues por eso la guardo en casa. Y tú no obras cuerdamente dando libertad á tu esposa.

D. CAR. No soy celoso porque no tengo razón para serlo. Luisa es honesta.

D. FER. Yo tampoco tengo motivo; pero quiero seguir no teniéndolo.

D. CAR. Hay dos modos de precaver las infidelidades; uno, cruel, el encierro absoluto; otro, suave, la mucha compañía; porque, ¿qué mal puede hacer la mujer en público? El camino completamente solitario es tan seguro como el muy concurrido. En el primero no hay ni ladrones, porque de haberlos ya no sería verdaderamente solitario. En el segundo puede haber ladrones, pero hay caminantes que acompañan al viajero y estorban al salteador. Lo peligroso es el camino medianamente frecuentado, donde hay ladrones que asaltan y no caminantes que acompañan. (Aparece por el fondo Luisa, rodeada de Rivalta, don Juanito y Abranca. Al verla, dice don Carlos:) Mira, mira á mi mujer.

D. FER. Camino concurridísimo.

D. CAR. ¡Que me la roben! Viene escoltada por su guardia de honor.

D. FER. Pues que roben á ésta; mírala, dormida. Como no ve hombres que le quiten el sueño.. (Lo dice por Pepita, que se ha dormido durante el diálogo de Carlos y Fernando.)

ESCENA II

PEPITA, LUISA, DON CARLOS, DON FERNANDO, RIVALTA, ABRANCA, DON JUANITO

LUISA (Entrando.) ¡Qué Farinelli y qué serenata! Convida al amor.

RIV. Farinelli nunca convida al amor.

LUISA Hablo de la serenata. (Pepita se levanta deprisa y con animación.)

PEP. ¿Quién convida al amor?

D. FER. Nadie, hija, nadie; sigue durmiendo.

D. CAR. (Aparte á Fernando.) Se ha despabilado. Ya ha sentido hombres que le quiten el sueño.

D. FER. Por eso me la llevo ahora mismo. Si los hombres quitan el sueño, el sueño quita de en medio á los hombres. (A Pepita.) Conque á casita. Desprecia el ruido mundano. La mujer debe encerrar su ventura en su casa. Nunca olvides esta máxima.

D. CAR. Muy profunda y muy nueva.

PEP. (Sin atender á Fernando dice á Luisa:) ¿Y ha acabado el sarao?

LUISA No.

PEP. ¿Por qué lo dejas?

LUISA Porque no se puede estar en Palacio. ¡Qué calor! Sus Majestades no han permitido salir á los jardines porque Farinelli teme al relente.

PEP. Pero las damas no lo temen. Las hay muy valerosas. Dime, ¿con quién ha bailado la marquesa del Muro?

D. JUA. Con su guardia como siempre.

D. FER. ¿Su guardia?

RIV. Uno de corps.

PEP. ¡Cómo habrían agradecido ambos el relente de la fronda!

D. FER. (A Pepita.) Vámonos...

ABR. Caridad, caridad antes de formar juicios temerarios. No sostendré que las costumbres de hoy sean incorruptibles. Pero hay costumbre que no deben saberse.

PEP. Es mucha ciencia la de estos tiempos. Se va sabiendo todo.

D. FER. ¿Todo? ¿A que el señor licenciado no sabe nada de nosotros?

ABR. No lo sé; pero no presumo de ser un sabio universal.

D. FER. (Aparte á don Carlos.) No sé por qué toleras esta murmuración en tu presencia.

D. CAR. Porque en mi presencia no pueden murmurar de mí.

D. FER. ¡Feliz calmoso! (A Pepita.) Y ahora, Pepita de mi alma, á recogerte.

PEP. Siempre lo que tú quieras. Y tú, ¿vas á Palacio?

D. FER ¿Qué se diría si no?

PEP. Tienes razón. Pero permíteme á lo menos que no me recluya hasta que vuelvas; no me hallo sin tí. Déjame acompañarte siquiera hasta la salida del jardín.

D. FER. ¿Y cómo vas á volver sola?

PEP. Los jardines están hoy acompañados.

D. FER. Además, esas alamedas tan sombrías son muy húmedas.

PEP. Iré bien abrigada.

D. FER. Bueno. (Llamando.) ¡Antonio! (A Pepita.) Accedo á tu capricho. Pero volverás acompañada del lacayo.

PEP. ¡Siempre el lacayo! Es un acompañamiento innoble. (Sale el Lacayo de la casa de Pepita. Esta le dice con imperio.) Tráigame usted mi manteleta, deprisa. (El Lacayo entra en la casa. Pepita dice despidiéndose de don Carlos.) Primo...

D. CAR. (Lo mismo.) Prima...

D. FER (Despidiéndose de Luisa.) Prima...

LUISA (Lo mismo.) Primo... (Sale otra vez de la casa de don Fernando el Lacayo. Trae una manteleta que entrega a don Fernando el cual se la pone á Pepita cubriéndole con la capucha la parte posterior de la cabeza: echan á andar hacia el foro. El Lacayo les sigue á un ademán de don Fernando.)

D. FER. (A Pepita al irse.) Y recógete enseguida; no olvides que la mujer debe encerrar su ventura en su casa. (Se van por el foro seguidos del Lacayo.)

ESCENA III

LUISA, DON CARLOS, DON JUANITO, RIVALTA y ABRANCA

D. CAR. Señores, ahora que nos han dejado echaremos nuestra partida de juego del hombre.

ABR. No hemos venido para otra cosa.

D. CAR. La fiesta de Palacio nos lo ha estorbado hoy, y yo no puedo dormir sino he dado un codillo á alguien.

(Se sientan junto á la mesa de juego, don Carlos al frente, don Juanito á su derecha, á la de éste Rivalta, y después Abranca, Luisa queda apartada á un lado de la escena.)

ABR. ¿Quién hace de zángano?

RIV. Cualquiera de ustedes.

D. CAR. La suerte lo dirá. (Echa las cartas y dice:) El petimetre hace de zángano.

D. JUA. Siempre me pasa lo mismo.

(Se ponen á jugar: don Juanito reparte las cartas y después se levanta de su sitio y se va junto á Luisa. Los otros siguen jugando.)

Cantado

D. JUA. (Acercándose á Luisa y en voz baja y aparte.)
Nadie me iguala en la corte
en lo apuesto y lo cortés,
ni en el corte de mi traje
ni en lo corto de mi pie.
Cortesana de mi vida...

LUISA Mi don Juan, ¿qué dice usted?

D. JUA. Que corte usted por lo sano
y su cortejo seré.

LUISA ¡Ay! cortemos estas pláticas.

ABR. (Desde la mesa, presentándole la baraja.)
Don Juanito, corte usted.

D. JUA. (A Luisa.)
La amo.

LUISA ¿Sigue? Pues le dejo.

(Luisa se levanta y acercándose á la mesa donde se juega corta ella misma la baraja diciendo:)
Ya he cortado yo por él.

D. CAR. He ganado el juego, amigos.

D. JUA. (Aparte.)
¡Qué cortado me quedé!

(Don Juanito se sienta á jugar. Luisa se aparta de la mesa. Rivalta, que ha dado las cartas y no toma parte en el juego, se levanta.)

ABR. Yo tengo juego.

D. CAR. Y yo ahora paso.

D. JUA. Yo hago la contra.

RIV. (Aparte.)
Juego de mano.
(Acercándose á Luisa.)
Franco y lijero
guardia de corps,
todo á la carga,
todo veloz,
rompo un momento
la formación,
y en dos palabras
le declaro mi pasión.

LUISA Yo en una sola,
digo que no.

RIV. Pero, señora...

LUISA Pero, señor...

(Don Juanito con intención, mirando á Rivalta y como refiriéndose á éste á la vez que al juego)

D. JUA. A ese caballo
lo mato yo.

ABR. (Hablando á Rivalta.)
Se pasó esta mano.

LUISA (Dando un golpe en la mano á Rivalta que pretende coger la de Luisa.)
Y ésta.

D. JUA. (Desde la mesa.)
Rivalta, ahora corta usted.

RIV. (A Luisa.)
La amo...

LUISA ¿Sigue? Pues le dejo.
(Luisa se separa de Rivalta y acercándose á la mesa como antes, dice cortando la baraja.)
También corto yo por él.
(Después que Luisa ha cortado la baraja, y Abranca ha montado una parte sobre otra, Rivalta desconcertado, vuelve á cortar la baraja. Don Carlos lo advierte y dice:)

D. CAR. Que desmonta, señor guardia.
RIV. Por eso he quedado á pie.
(Se sienta á jugar. Luisa se vuelve otra vez á su asiento. Abranca reparte las cartas.)
D. CAR. Yo juego ahora.
D. JUA. Y yo ahora paso.
RIV. Yo estoy de malas.
ABR. *(Levantándose y aparte.)*
Y yo ahora arrastro.
(Acercándose á Luisa como antes hicieron los otros dos.)
A un licenciado
jurisperito,
muy doctrinado,
muy erudito,
sólo le falta una ciencia,
la de saber si le ama
cierta bellísima dama,
que es una diosa,
un serafín,
viviente rosa
de éste jardín.
LUISA Ha errado por esta vez
el sapientísimo Abranca:
eso más que en Aranjuez
se enseñará en Salamanca.
Que hombres de fama
no quiere ahora
ni necesita
la pobre dama,
que ni es doctora
ni es erudita.
ABR. ¿No me enseñará á lo menos,
como promesa de bienes,
los dientecitos, las perlas
que ríen entre claveles?
LUISA *(Con dignidad.)*
Si insiste y se empeña mucho,
sí le enseñaré los dientes.
ABR. *(Aparte.)*
Me ha pegado á la pared.
D. CAR. *(Dirigiendo la palabra á Abranca.)*
Corte, Abranca.

LUISA (Con ironía á Abranca.)
¿Voy allí?

ABR. (Con afectada cortesía.)
¡Oh, no se moleste usted!
(Aparte.)
Me ha cortado desde aquí.
(Se va á la mesa.)

D. JUA. No me da el naipe.
RIV. Yo también paso.
ABR. Pasamos todos.
D. CAR. Salgo ganando.
LUISA ¡Qué jugadores
tan desgraciados!

(Todos á la vez en quinteto.)

D. CAR. Les estoy viendo las cartas;
tengan otra vez cuidado.
RIV. No me vale ni la espada,
que esta vez me la han fallado.
ABR. Hay entre estos un fullero
que la dama me ha soplado.
LUISA Al querer jugar conmigo
yo á perder les he enseñado.
D. JUA. El amor de esa belleza
va á robarme ese soldado.

Hablado

LUISA Amigos míos, si me dan su licencia, me retiro. Espero su despedida en mi estrado. Voy á recordar en el clavicordio la tierna serenata de Farinelli. (Se dirige hacia su casa. La acompañan hasta la puerta Rivalta, don Juanito y Abranca.)

RIV. (Aparte.) ¿Y por qué me desdeña? No es por virtud. Es que la plaza está ocupada.

D. JUA. (Aparte.) No hay duda; es que tiene otro cortejo.

ABR. (Aparte.) Y en conciencia debo estorbar la perdición de esa mujer... puesto que no se pierde conmigo.

RIV. (Aparte.) O yo ó nadie.

D. JUA. (Aparte.) Alguno de estos me estorba.

D. CAR. Siga el juego, señores.

D. JUA. Siga.

ABR. (*Acercándose á don Carlos le dice al oido.*) Antes de todo óigame una palabra. (*Abranca y don Carlos vienen al proscenio. El primero dice al segundo en secreto.*) Señor don Carlos, ¿me tiene usted por hombre de conciencia?

D. CAR. Señor Abranca, ¿quién lo duda?

ABR. ¿Y por su verdadero amigo?

D. CAR. Sin vacilar.

ABR. Pues como amigo y hombre de conciencia debo darle un aviso; pero temo...

D. CAR. No tema usted.

ABR. Puedo ofender á usted si se lo digo, y pueden ofenderlo si se lo callo.

D. CAR. Me tiene usted en ascuas.

ABR. Hay amigos falsos y peligrosos. No quiero ofender á mi señora doña Luisa...

D. CAR. Hombre, ofenda usted á todo el mundo, pero hable claro.

ABR. Vigile usted. Uno de estos dos (*Por don Juanito y Rivalta.*) corteja á doña Luisa. Ella es muy virtuosa, pero. .

D. CAR. (*Preocupado.*) Cuando usted, tan respetuoso y tan mirado, dice eso, es que hay más.

ABR. Observe, don Carlos y vigile. (*Separándose de don Carlos y yéndose de la mesa dice aparte.*) Este no me los deja ya vivir.

D. CAR. (*Para sí.*) Efectivamente, esta asistencia diaria á mi casa no es por mí. ¡Dios mío! ¡Mi mujer con un pretendiente! ¡un amante!

D. JUA. (*Viniendo junto á don Carlos.*) Don Carlos, yo soy su verdadero amigo. (*Don Carlos le mira con extrañeza.*) Y hombre de honor... Pues un amigo y hombre de honor no puede consentir que nadie ultraje á otro amigo y otro hombre de honor. Está usted en peligro.

D. CAR. (*Aparte.*) Este va á completar el descubrimiento. (*Alto.*) Le agradezco su interés.

D. JUA. No para agradecimiento suyo, por deber mío, he de decirle, salvando, por supuesto, la inocencia de doña Luisa, que la corteja uno de aquellos dos. (*Por Abranca y Rivalta.*)

D. CAR. (*Aparte.*) Pues ya sé quién es.

D. JUA. Me dolería mucho haberle mortificado; per-

dóneme, pero observe y vigile. (*Aparte.*) Con esto me los quita de enmedio.

D. CAR. (*Aparte.*) No hay que saber más. El licenciado delata á éstos; éste delata á aquéllos; el tercero que calla es el traidor. ¡Y yo tan confiado en ese guardia. (*Rivalta se acerca á don Carlos.*)

RIV. Señor don Carlos, me he decidido á ser un mal caballero.

D. CAR. (*Con enojo.*) Lo sé, lo sé.

RIV. Sí, porque á un caballero le afrenta convertirse en delator.

D. CAR. (*Con extrañeza.*) ¿Delator? No lo esperaba de usted.

RIV. Comprendo su extrañeza... Pero no vacilo más. Uno de aquellos dos... (*Señalando á don Juanito y el Licenciado.*)

D. CAR. (*Interrumpiéndole con viveza.*) ¿Pretende á mi mujer? Muchas gracias. (*Le aprieta la mano.*)

RIV. ¿Lo sospechaba usted?

D. CAR. No sabe qué p so me quita de encima. (*Dice estas frases con alegría; pero al ver la extrañeza de Rivalta rectifica y cambia de tono.*) Por eso, porque sospechaba y ya tengo la certeza. (*Para sí.*) Y tan clara como la luz. Los tres la pretenden y, despechados, se delatan unos á otros.

(*En este momento, y aprovechando la distracción de los otros personajes, don Juanito se va disimuladamente de escena.*)

RIV. Observe; porque plaza sitiada, plaza tomada.

D. CAR. Observaré. Otras gracias. (*Le da otro apretón de manos.*)

RIV. Y vigile.

D. CAR. Vigilaré. Nuevas gracias por todo. (*Dos apretones de manos.*)

RIV. (*Para sí.*) Este me los ahuyenta. (*Se va á la mesa.*)

D. CAR. (*Con alegría y aparte.*) Un cortejo es malo, muy malo. Dos cortejos, regular. ¿Pero mi mujer con tres cortejos? Estoy salvado. ¡Cómo van á descansarme! Ellos mismos se vigilarán unos á otros. Porque mi Luisa es honrada hasta ahora. Pero si persisten mucho y en-

cuentran ocasiones... Quien quita la ocasión quita el peligro. ¿Plaza sitiada? Pues ronda permanente. Los tres en formación. Guardia para el flanco derecho; guardia para el flanco izquierdo; guardia de reserva, y ¡que le entren moscas á mi mujer!

ABR. Pero don Carlos, ¿viene á jugar?

D. CAR. (Con sorna.) ¿Que si voy á jugar? Con los tres desde ahora mismo.

RIV. No podemos: ya falta un pie.

ABR. El del petimetre que se ha escurrido.

D. CAR. (Aparte.) ¡Ah, bribón! Yo le pondré un vigilante. (Alto.) Pues ese no vuelve; estará con mi esposa.

ABR. ¿Con doña Luisa?

D. CAR. Seguramente.

ABR. Pues ya que no jugamos voy á despedirme de ella. (Levantándose rápidamente.)

D. CAR. Le complacerá mucho. ¡Deprisa, hombre, más deprisa! (Abranca entra en la casa de Luisa. Don Carlos dice á Rivalta.) ¡Ea, ahora podemos jugar los dos tranquilamente.

RIV. Don Carlos, con franqueza, me espanta esa tranquilidad. ¿No ve usted patente lo que le dije?

D. CAR. Guardia por el flanco izquierdo; guardia por el derecho. (Aparte.) Y yo aquí con la reserva.

RIV. (Con calor.) ¿Pero no le arde la sangre en celos? Yo soy ajeno á todo y me parece que los siento por usted!

D. CAR. Lo veo, lo veo. Sí, caballero guardia; tengo hambre de venganza; pero me la aguanto hasta conocer á quién he de comerme. Usted, leal amigo mío, me ayudará; ¡no sabe cuánto va á ayudarme!

RIV. Fílieme usted entre sus defensores.

D. CAR. Ya le tengo filiado. Diga, diga, ¿cuál de los dos pretendientes cree usted que es el favorecido?

RIV. ¡Pues si yo lo supiera lo mataría! Lo mataría en nombre de usted.

D. CAR. No, no; déjemelos vivir. Eso me toca á mí. (Aparte.) ¡Bueno fuera que la misma guardia me causase una baja: la mitad de mi tropa!

ESCENA IV

DON CARLOS, RIVALTA y ABRANCA

RIV. (A don Carlos.) Mire, mire al licenciado qué pronto y qué solo viene. Luego el otro se queda también solo...

D. CAR. (A Abranca, como reprendiéndole.) Y usted, ¿por qué se vuelve sin acompañar á mi esposa?

ABR. Porque no he logrado verla.

RIV. ¿Cómo?

D. CAR. ¿Cómo? (Inquieto.)

ABR. O no está en la casa, ó está escondida.

D. CAR. (Más inquieto.) ¿Que no está en casa? ¿Pero usted se ha enterado bien?

ABR. Figúrese si habré ido con celo... para evitar un escándalo.

(Pausa breve.)

D. CAR. Pues ó ha vuelto á Palacio...

RIV. Pero si no la hemos visto salir...

D. CAR. Habrá salido por la otra puerta, y por la alameda lateral, que está muy obscura.

RIV. Vamos á la alameda obscura. (Rivalta y Abranca echan á andar apresuradamente hacia la izquierda.)

D. CAR. O toma el aire en el jardín de Pepita.

ABR. Vamos al jardín. (Abranca y Rivalta, cambiando rápidamente de dirección, echan á andar hacia la derecha.

D. CAR. ¡Alto! (Rivalta y Abranca se detienen.) Cada uno por un lado. Si todos cargamos sobre una posición, dejamos abandonada la otra. Estrategia, señor guardia, estrategia. (A Rivalta.) Usted á la alameda. (A Abranca.) Usted al jardín. (Abranca y Rivalta parten apresuradamente, uno por la izquierda y otro por la derecha. Al verlos alejarse, dice don Carlos con calma irónica:) Y yo á mi solitario: porque así es seguro el acompañamiento. Donde quiera que esté Luisa, tiene dos pretendientes: el que está con ella y el que yo le envío. ¡Tres adoradores! ¡Cómo me descansan! Tienen celos por mí. (Se sienta á la mesa de juego.) Vamos al juego de la dama y

los tres caballeros que pasan el río en una barca donde no caben más que dos de ellos. ¿Cómo se hará para que la dama no quede nunca sola con un caballero?

Cantado

De orilla á orilla de un río
tienen que pasar
una dama y tres galanes
que enamorándola van.
Y temen que si uno de ellos
queda á solas con la tal,
como ella es muy blanda
la convencerá.
y el mismo demonio
sabe lo que harán.
Son cuatro, y en la barquilla
caben nada más
dos personas y el barquero;
¡y esta es la dificultad!
Pues ya pasen dos galanes
ó la dama y un galán,
en una ó en otra orilla
ella y un él quedarán.
Este es mi caso. ¿Y qué hace
el barquerito? Embarcar
á este rey con esta sota,
(Hace con las cartas lo que va diciendo.)
galán y dama, ¡y remar
y remar y remar!
(Imitando el golpe del remo.)
¡Qué tristes los que se quedan!
¡y qué alegre el que se va!
¡Y cómo se refocila
viendo la ocasión llegar,
la dama delante,
los reyes atrás!
Mas ¡qué desengaño!
¡qué cara de agraz
al ver que le dejo
en su soledad;
y cojo a la sota,
la vuelvo á embarcar,

y hacia la otra orilla,
remar y remar!
Embarco á mis dos monarcas
y los llevo con su igual;
y á los tres dejando
uniditos ya,
vuelvo por la sota, y salva,
la entrego á la trinidad.
¡Tres para una! No hay peligro,
ellos me la guardarán.
Este es mi juego,
hay que remar;
pero más vale
que naufragar.
¡Hay que remar,
que remar, que remar!

Hablado

(Se levanta para respirar; da unos pasos hacia el fondo; mira adentro y dice con sorpresa.) ¿Luisa en la alameda con otra dama? ¡Y un hombre cerca! ¿Será un cuarto galán suelto? Me alegro de conocerle... para filiarlo en mi guardia. Necesito tropa, tropa más activa que este cuerpo de inválidos enamorados. ¡Si serán inútiles los amantes de mi mujer, que yo mismo tengo que sustituirlos! (Se va por la izquierda.)

ESCENA IV

PEPITA y LUISA, que llegan por el foro cuando haya desaparecido de escena DON CARLOS. EL LACAYO, que viene detrás de ellas á cierta distancia

PEP. (Al Lacayo.) Retírese en el acto. (El Lacayo hace una reverencia y entra en la casa de Pepita. Pepita dice á Luisa.) Cuanto te agradezco que hayas ido á buscarme. Mi marido me iba á dejar volver con ese lacayo. No puedo aguantarle.

LUISA Por razón contraria he ido á buscarte. No

puedo aguantar los finos galanteos de esos tres moscones que me zumban en el oído toda la noche.

PEP. Comprendo tu fastidio.

LUISA ¡Tres, siempre tres! ¡Es mucho!

PEP. Sobran dos por el momento. Que es cabalmente lo que quiere tu marido. Prima mía, somos víctimas de celos impertinentes y vigilancias bochornosas de parte de nuestros esposos.

LUISA Será del tuyo.

PEP. Y del tuyo. Pero siguen diferentes y aun contrarios métodos; Fernando me aisla, Carlos te aturde en ese bullicio alegre y resonante, peor que mi soledad, porque ni te deja soñar en lo que te gusta. Te tiene presa en público.

LUISA ¿Pero quién ha contado ese cuento?

PEP. Tu mismo Carlos á mi Fernando cuando éste le reprochaba la mucha libertad que te permite. Lo he oído entre sueños, dormida.

LUISA ¿Dormida?

PEP. Vamos, fingiéndome dormida.

LUISA ¿De modo que no me la permite por confianza en mi fidelidad? ¿Ni por complacer mis gustos, que son los saraos, la conversación alegre, mientras sea para conversación?

PEP. Porque sabe que los perritos de salón ladran y no muerden, y si muerden no profundizan.

LUISA ¡Ah, señor marido! ¿conque eres desconfiado? Pues te demostraré que una mujer puede hacer lo que quiere cuando quiere. En cuanto halle á mis pretendientes les doy una cita. ¡Y con ese agravio se paga mi virtud, más estimable cuanto que está en el riesgo continuo de la sociedad!

PEP. ¡Qué placer tan continuo... digo, qué riesgo tan continuo!

LUISA Tú no sabes los apuros que paso para defenderme de los asaltos. El baile es provocador.

PEP. Vaya si lo sé: aunque no me dejan bailar de casada, he bailado de soltera.

Cantado

PEP. Los demonios tentadores
—por experiencia se ve—
fueron sin duda inventores
del minué.
Cuando un galán con extremos
de su apasionada fe,
nos invita á que bailemos
el minué,
y un requiebro nos dirige
y nos ciñe, como sé,
apretando más que exige
el minué,
invaden unos temblores,
un mareo, un no se qué...
¡Vaya si cuesta sudores
el minué!
Porque entre paso y mudanza
se puede escurrir un pie,
que es diabólica la danza
del minué.
LUISA Para prueba
vas á hacer,
siquiera tres minutos,
de mujer.
(Preparándose á bailar con Pepita.)
Yo, el galán que te enamora.
PEP. Mucho amor y brevedad.
LUISA Yo, la audacia.
PEP. Mucha audacia.
LUISA Tú, elegancia y dignidad.
(Bailando á la vez que cantan.)
Amo á usted más que á mi vida.
PEP. Soy casada. (Con afectación de decoro.)
LUISA Ya lo sé.
Haga usted una mudanza
de minué.
PEP. Es un paso peligroso
¿Y si los pies se me van?
LUISA ¡Qué le importa, si en mis brazos
se caerá!
PEP. Entonces siga la danza.

LUISA (Dirigiéndose á Pepita, no como su galan sino interrumpiendo el baile.)
Prima, ¡qué contestación!
PEP. Pues, ¿qué hacer? (Lo mismo.)
LUISA Un lindo gesto
de pudor. (Haciéndolo ella)
(Sigue bailando y haciendo de galán.)
¡Ay, qué mano! ¡Y qué cintura!
PEP. (Con tono de candor.)
¡No me apriete así, por Dios!
(Cambiando de tono y con picardía.)
Mi marido está mirando.
(Dirigiéndose á Luisa fuera del baile y no como á galán.) Y esto, ¿es pudor?
LUISA (Bailando.)
Pues veámonos á solas
cuando acabe el minué.
PEP. (Fuera de baile.)
¿Qué se dice en este caso?
LUISA ¡Prima mía, no lo sé!
A dúo
Los demonios tentadores
—por experiencia se vé—
fueron sin duda inventores
del minué.
Porque entre paso y mudanza
se puede escurrir un pie,
que es diábolica la danza
del minué.
RIV. (Que llega por la derecha. Aparte.)
Al fin la he cogido á punto.
(Alto, á las damas.)
Prosiga la diversión:
les ofrece esta pareja
la mano y el corazón.
LUISA Como usted es uno
y nosotras dos,
sobra aquí una dama.
PEP. O falta un varón.
(Abranca entra por la izquierda. Al verlo Rivalta, dice:)
RIV. Ya está aquí el estorbo.
ABR. (Aparte.)
¡Qué grande ocasión!

(A Rivalta.)

Baile usted con una dama
y con otra bailo yo.

(Se adelanta á ofrecer la mano á Luisa.)

RIV. Habrá cambios de pareja.

PEP. Gusto de la variación.

(Don Juanito entrando por la derecha. Aparte.)

D. JUA. Se adelantaron;
¡esto es atroz!

RIV. Este don Lindo
la fiesta aguó.

PEP. Son ustedes tres galanes
y las damas somos dos.

D. JUA. Seremos dos los danzantes.

ABR. (A Rivalta.)
Y el otro será mirón.

RIV. Yo no me conformo.

ABR. Ni tampoco yo.

(Los tres ofrecen sus manos á Luisa.)

LUISA A ninguno de ellos
quiero desairar,
y á la vez con todos
no puedo bailar.

PEP. Es caso comprometido
de incompatibilidad,
pero alternativamente
es muy fácil duplicar.

(Abranca coge por la mano á Luisa, Rivalta á Pepita, de modo que cuando don Juanito va á ofrecerse encuentra ocupadas las plazas y hace un gesto. Empiezan á bailar y en uno de los pasos ó vueltas don Juanito se interpone y da la mano á Luisa, dejando fuera á Abranca, que hace otro gesto cómico de desagrado.)

D. JUA. (Aparte á Luisa.)
Hablarle un instante quiero;
si no accede usted me muero.

LUISA (Aparte á don Juanito.)
Si es callado y caballero,
á las once en punto espero.

D. JUA. (Aparte y con alegría.)
Esta ingrata se ablandó.

LUISA (Aparte.)
Este necio se clavó.

(Rivalta deja á Pepita y toma por pareja á Luisa, que

está enfrente con don Juanito, el cual á su vez toma á Pepita.)

RIV. (Aparte á Luisa, hablándole también en un paso del baile.)
Quiero hablarle un breve rato;
si no accede usted me mato.

LUISA (También aparte á Rivalta.)
Si es callado y caballero,
á las once y cuarto espero.

ABR. (Sustituyendo á Rivalta y tomando por pareja á Luisa.)
El relevo ya llegó.

RIV. (Retirándose y aparte, con alegría.)
Esta plaza se rindió.

ABR. (Aparte como los otros á Luisa en otro paso del baile.)
Quiere hablarle este cautivo:
si no accede usted no vivo.

LUISA (Como antes.)
Si es callado y caballero,
á las once y media espero.

ABR. (Aparte.)
Esta infiel se confesó.

TODOS (A la vez.)
Y este baile se acabó.

ESCENA VII

LUISA, PEPITA, RIVALTA, ABRANCA, DON JUANITO y DON CARLOS que entra por el foro. Al ver que los sorprende bailando, todos se inmutan, suspenden el baile y hacen por disimular. Carlos les dice como tranquilizándolos

Hablado

D. CAR. ¡Hola, hola! Nos divertimos. Llego á tiempo.

ABR. De despedirnos: porque yo al menos me voy. (Los tres sacan sus relojes y mirándolos á un tiempo dicen con impaciencia:)

RIV. Las once menos cuarto.

ABR. Menos doce minutos.

D. JUA. Menos diez.

RIV. Esa es la hora; voy atrasado.

D. CAR. Y todos ustedes andan atrasados. (Mira el reloj.) Menos cinco.

RIV. El punto crítico de retirarse.

LUISA Voy á cantar. (*Aparte á Pepita.*) Tú entretienes aquí á Carlos y le asustas. Pero buen susto. Cantaré, y conmigo cantarán los galanes por turno.

PEP. (*También aparte á Luisa.*) ¿Pero vas á tener una cita con música para que se enteren hasta los sordos?

LUISA Pues si no así, ¿cómo ha de enterarse mi marido, que es de lo que se trata?

RIV. (*Aparte á don Carlos.*) Amigo mio, estoy arrepentido de lo que le avisé. No vigile usted á su mujer.

D. CAR. (*Aparte.*) Malo, muy malo. Me la dejan suelta.

ABR. (*Aparte á don Carlos, á quien se ha acercado poco antes y hablado. Supónese que le ha dicho cosa parecida á lo que ha dicho Rivalta, y que ahora termina su declaración con la siguiente frase:*) Y libertad completa á doña Luisa. Es una santa.

D. CAR. (*Aparte*) ¡Dios mío! Los pretendientes me tranquilizan. ¿Si estaré perdido?

LUISA (*Despidiéndose.*) Señores, hasta... (*Con intención mirando á los galanes.*) mañana.

D. CAR. (*A Luisa.*) Canta muy alto. Sabes lo que me gusta oirte.

LUISA Me oirás bien. (*Entra en su casa.*)

D. CAR. (*Aparte á Abranca.*) Señor licenciado, ¿el guardia tiene afición á la música?

ABR. Una gran voz.

D. CAR. Pues me parece que se propone cantar con mi mujer.

ABR. Dios le guarde. (*Se separa de don Carlos.*)

D. CAR. ¡Así sea! (*Aparte á Rivalta.*) ¿El licenciado es músico?

RIV. Poca voz, pero afina mucho.

D. CAR. ¿Afina, eh? Por eso quiere cantar con mi mujer.

RIV. (*Despidiéndose.*) Dios le guarde. (*Rivalta, Abranca y don Juanito, se van cada uno por diferente lado de la escena, fondo derecha é izquierda.*)

D. CAR. (*Se queda mirándolos, y al ver que se separan, exclama entristecido.*) Se me dispersa la guardia. ¡Mi mujer sin tres amantes! ¡Perdido, perdido! (*Se sienta con abatimiento junto á la mesa.*)

ESCENA VIII

DON CARLOS, PEPITA, que habrá estado en escena durante la anterior, se acerca á don Carlos

PEP. Primo Carlos, ¿no observas que Luisa anda muy inquieta esta noche? Entra y sale sin parar; vuelve pronto de Palacio y se acerca á Palacio otra vez conmigo. ¿Le habrá ocurrido algo allí?

D. CAR. Allí no puede ser.

PEP. Pero se puede preparar. Huye de sus amigos, de tí, de mí, como si le estorbáramos.

D. CAR. (Preocupado.) ¿Habrá efectivamente un cuarto? (Tranquilizándose.) No, todos son quintos de mi guardia.

PEP. ¿Qué opinas de los esposos que expían á sus esposas?

D. CAR. Que hacen muy mal.

PEP. Que son unos imbéciles.

D. CAR. Imbéciles precisamente... no diré yo. Es un injuria.

PEP. ¿Por qué no lo dices? ¿Qué te importa injuriar á los imbéciles?

D. CAR. Por no injuriar á tu marido que pertenece á la clase de... vigilantes. Te tiene como en un convento.

PEP. Eso demuestra que me cree una santa. Y además, me enamora el recogimiento. Mi marido lo sabe.

D. CAR. Es el único que lo sabe.

PEP. ¡Ah! ¿piensas que llevo á digusto mi retiro? Prefiero á todo, mis lecturas de poetas exquisitos, mis historias clásicas, mi mundo ideal, la vida imaginaria de aquellas preciosas de Versalles y Rambouillet. No puedo con la vida vulgar, ni los amores groseros. Pero si yo fuera otra, mi marido sería... otro.

D. CAR. Si te dejaba.

PEP. Por más que se vigile, nunca falta ocasión á la mujer que la busca. Al dar una vuelta en el minué, se da una cita al cortejo. Lue-

go una se retira para cantar, y en vez de cantar... arrulla.

D. CAR. (Dando muestras de impaciencia y desconfianza.) Y mi mujer que no canta. (Se oye un preludio que Luisa toca en el clavicordio. Don Carlos cambia de fisonomía y se alegra diciendo alto.) No canta todavía, pero preludia.

PEP. Eso no estorba.

Cantado

PEP. No es el clave un instrumento
donde, como en los de viento,
ha de ocupar
el músico que los toca
ambas manos y la boca
siempre á la par.
(Imita la acción de tocar el clarinete, soplando y pisando á la vez las llaves.)
El armónico instrumento
de teclado amarillento
puede ocupar
las manos de la que toca,
más deja libre la boca
para hablar.
(Imita la acción de tocar el clavicordio y hablar á la vez con la persona que está al lado de la tocadora.)
Y si hay al lado un amante
que va volviendo galante
el papel,
¿quién averigua el secreto
del amoroso dueto
de ella y de él?
Y si el amor va en rápido *crescendo*,
y es la dama agilísima maestra
en teclear,
las teclas con la izquierda recorriendo,
á un tiempo puede con la mano diestra
otra mano apretar.
(Imita con la acción lo que dice la letra.)
Y si llega un alegro movido
que la sangre comienza á alegrar,
y las bocas un beso se piden,
el mover de las manos y el ruido

no impiden, no impiden,
no impiden besar.
Que no es el clave instrumento
donde, como en los de viento,
ha de ocupar
el músico que los toca
ambas manos y la boca
siempre á la par.

(Acabado el canto anterior se oye á Luisa tocar el clave con una mano: don Carlos da un salto. Pepita dice:)

Hablado

PEP. Parece que Luisa está distraída. Toca sólo con la mano izquierda.

D. CAR. ¡Dios mío, mi mujer manca! (Luisa canta dentro acompañada del clave la letra siguiente:)

Cantado

LUISA
Como el ave en las frondas
hace su nido,
el amor temeroso
vive escondido.
Entra callando,
y á hurtadillas del mundo
se está arrullando.

(Durante este canto Pepita y don Carlos hablan lo siguiente á la vez que escuchan.)

D. CAR. Ya canta, ya.
(Pausa.)

PEP. Pero le tiembla la voz. (Pausa.) Parece desmayada. ¡Qué languidez! (Luisa efectivamente va apianando su canto hasta que casi no se percibe.)

D. CAR. (Como consolándose.) Esa serenata es así. (La voz de Luisa se extingue por completo.)

PEP. Así es la serenata; pero debía siquiera sonar. (Instante de silencio. Don Carlos da mayores y visibles muestras de impaciencia y dice:)

D. CAR. ¿Qué hará? ¿Por qué se parará? (Luisa vuelve á cantar.)

PEP. (Con intención.) Vamos, ya puede respirar.

(Luisa canta dentro unos compases de la canción anterior, y á poco entra la voz de Rivalta cantando á dúo con ella.)

Como el ave en las frondas, etc.

(Don Carlos y Pepita hablan como antes en la escena mientras los demás cantan dentro.)

D. CAR. (Con asombro.) ¡Un dúo! ¡Un dúo!

PEP. ¡El temible dueto!

D. CAR. ¿Pero cómo ha entrado ese hombre?

PEP. No le censures: ha entrado muy á tiempo en su compás. (Después de otros compases de dúo, entra la voz de Abranca formando un terceto.)

D. CAR. (Con alegría y frotándose las manos.) ¡Terceto! ¡el adorado terceto!

PEP. (Con contrariedad.) Ahora digo yo: ¿cómo ha entrado ese hombre? Ese sí que se ha adelantado.

D. CAR. No le censures: ha entrado muy á tiempo. (Después de otros compases de terceto, entra la voz de don Juanito, formando un cuarteto. Don Carlos dice con alegre tranquilidad:) Y cuarteto; ¡el salvador cuarteto! (Los de dentro siguen cantando. Cuando cesan de cantar, dice don Carlos:) Ahora podemos cantar todos; cantar victoria; ¡victoria por la guardia de honor! ¡Hela ahí de servicio permanente, heróica, inseparable! ¡Hasta con su banda de música!

ESCENA IX

PEPITA, DON CARLOS y LUISA, que sale de su casa abanicándose y dando muestras de contrariedad

D. CAR (A Luisa.) Pero, hija, ¿dejas á tus ruiseñores?

LUISA Volveré, volveré, no te apures. Salgo á respirar un poco. Entre ellos el calor me ahogaba.

PEP. (Aparte á Luisa.) ¿Qué es esto?

LUISA Mi casa es un jubileo. Todos tres han ido por indulgencias.

PEP. Se han adelantado, ¿eh? La impaciencia natural.

LUISA Pues no desisto de mi plan. ¡Qué hermosa

soledad la tuya! Ahora mismo me paso á tu casa.

PEP. ¿Pero cómo vas á pasar delante de tu marido?

LUISA Con tu manteleta, para que me confunda contigo. Tú retienes á los tres y me los vas remitiendo uno á uno.

PEP. ¿A los tres? ¡Qué avariciosa! No te remito el último. (Como significando que se queda con él. Extrañeza en Luisa. Pepita dice:) Me parece que con dos basta para escarmentar á un marido. (Hasta aquí, Luisa y Pepita han hablado aparte. Ahora muy alto para que lo oiga don Carlos.)

LUISA Acompañame hasta el salón.

PEP. Y me vuelvo á mi casa. (Luisa y Pepita entran en la casa de la primera.)

ESCENA X

DON CARLOS. Después LUISA que hará una pasada por el fondo

D. CAR. Canten, canten hasta que se les caiga la campanilla. Abrásense vivos con el calor de la noche y el calorcillo de los ojos. Hasta las doce en que entraré tan fresco, los despediré cortesmente y... ¡buenas noches! (Se sienta y se pone á hacer el solitario que hizo antes. Suenan dentro de la casa de Luisa las voces de ésta y de Pepita diciendo:)

LUISA Adiós, Pepita. Perdona que no te acompañe más que hasta la puerta.

PEP. Haces bien; tienes visitas. Hasta mañana. (Luisa disfrazada con la manteleta de Pepita y calada su capucha, atraviesa la escena por el fondo. Don Carlos sin mirarla le dice como quejoso de que se vaya sin despedirse de él.)

D. CAR. Adiós, Pepita, descansa. (Luisa sin volver la cara, se despide con la mano, y, recatándose, entra en casa de Pepita. Don Carlos queda tarareando la primera parte del cantable del solitario

De orilla á orilla de un río... etc.

el tiempo necesario para que Luisa haya entrado y sucedido lo que se supone en el diálogo siguiente.)

ESCENA XI

DON CARLOS y LUISA. Después PEPITA y DON FERNANDO

LUISA (Gritando dentro.) ¡Ay, ay! ¡Socorro, socorro!

D. CAR. ¡La voz de mi mujer! Pero no en mi casa. (Se dirige á la de Pepita.)

LUISA (Saliendo.) ¡Socorro!

D. CAR. ¿Qué te sucede?

LUISA No lo sé. Quise darte una lección y me la han dado á mí. Perdóname.

D. CAR. Dilo todo; sepa yo hasta dónde tengo que perdonarte.

LUISA Soy inocente. Pepita lo sabe. Ha sido una ligereza.

PEP. (Saliendo de la casa de Luisa, se dirige á ésta.) Te he oído gritar. ¿Por qué? (Aparte.) Yo no te he mandado todavía ningún pretendiente.

LUISA (Alto.) Lo encontré ya en tu casa. En cuanto entré me abrazó. ¿Sabes quién? Tu lacayo.

PEP. (Con ingenuidad como si se le escapara la palabra.) ¡Qué descuido! ¡Me olvidé de advertirte que te quitaras mi manteleta al entrar!

LUISA (Quitándose la manteleta y entregándosela.) Tómala, hija; se le pegan los moscones.

D. FER. (Que sale por el fondo y dice antes de llegar á escena.) El baile está acabando. Sus Majestades se han retirado. (Al advertir la llegada de don Fernando cesa de repente la conversación. Pepita, Luisa y don Carlos cambian de lugar y de aspecto y ponen cara de disimulo: don Fernando lo ve y dice:) ¿Qué caras son esas? (Se acerca á don Carlos y le dice:) ¿Algún disgusto, eh? ¿Con tu mujer? Te lo tenía pronosticado. Mira como no me sucede eso con Pepita. La soledad; he ahí la garantía de las esposas.

D. CAR. Y de los salteadores.

D. FER. Para eso están los centinelas de vista. La tengo encargada al lacayo; un bruto, que no la deja ni un instante.

D. CAR. Cumple con su obligación al pie de la letra. Consérvalo siempre.

D. FER (A Pepita.) Dulcísima esposa, á nuestro tranquilo hogar. No olvides que la mujer encierra su ventura...

D. CAR. (Acabando la frase.) En su casa. No se lo repitas más; ya lo sabe ella. (Pepita y don Fernando entran en su casa.—Música en la orquesta.)

LUISA (A don Carlos.) ¿Ves, marido impertinente, cómo podemos burlar vuestra vigilancia?

D. CAR. ¿Ves, esposa imprudente, cómo tú no la has burlado?

LUISA El argumento queda en pie: porque si no pido socorro... Cuando el honor no se guarda solo, no valen guardias del honor.

D. CAR. Y ahora hay que desalojar de nuestra casa á esos abejorros.

LUISA Yo los sacaré al aire. Finge que te vas. (Don Carlos se dirige hacia el fondo. Luisa aparentando que lo despide, dice en voz muy alta para que le oigan los que están dentro de su casa.) Bien, Carlos. Vete con Dios. Pero regresa pronto, mira que me quedo sola, (Marcando mucho.) completamente sola en el jardín. (Al oir esto don Juanito, que está asomado á la ventana baja de la casa de Luisa, dice con regocijo:)

D. JUA. Los otros no la han oído. ¡Es mía! (Se quita de la ventana para bajar al jardin. Un momento después sale de la casa Abranca diciendo:)

ARB. (También con alegría.) ¡Sola! ¡Para mí! (Rivalta aparece por el fondo derecha como si hubiera salido por la puerta posterior de la casa, diciendo regocijado:)

RIV. ¡Al fin! (Don Juanito sale de la casa. Las tres apariciones son casi simultáneas, dejando entre ellas solo brevísimo espacio. Al dirigirse á Luisa los tres, se encuentran inesperadamente, se miran con sorpresa cómica y se detienen, quedando juntos á la puerta. En este momento llega don Carlos, que estaba esperando, escondido tras los árboles, la salida de los pretendientes, y se dirige á Luisa diciéndole:)

D. CAR. Pues tienes razón; me quedo contigo. (Se vuelve á los pretendientes aparentando no haberlos visto hasta ahora, y añade con cortesía burlona:) Y con ustedes.

RIV. (Turbado y como balbuceando sin saber qué decir.) Nosotros...

ABR. (Lo mismo.) Con su permiso...

D. JUA. (Lo mismo.) Nos retiramos.

D. CAR. ¡Tan pronto! (Con sorna fina.) Nunca sabrán, nunca, cuánto favor me hacen con la constante compañía que dispensan á mi querida esposa. Descansen del servicio galante del día. (Coge de la mano á Luisa y se la lleva por delante de ellos como pasándosela por los ojos.)

Cantado

D. CAR. Es la hora de acostarnos.

LUISA Yo quizá no dormiré.

D. CAR. (Desde el umbral de la puerta y haciendo una reverencia.)

Caballeros, buena noche.

(Rivalta, don Juanito y Abranca, que están alineados como en formación, hacen á compás otra reverencia á Luisa y don Carlos, y les dicen:)

RIV. / ABR. / D. JUA. Buena noche...

(Quedan corridos mirándose mutuamente, mientras Luisa y don Carlos entran en su casa y añaden:)

para él.

(Se oye un fuerte cerrojazo, con que se cierra la puerta. Entonces, los tres se ponen los sombreros, que habrán tenido hasta ahora debajo del brazo, y cae rápidamente el

TELON

OBRAS DRAMÁTICAS DEL AUTOR

La torre de Talavera, drama histórico en un acto y en verso.

Maldades que son justicias, drama histórico en tres actos y en verso.

El nudo gordiano, drama en tres actos y en verso.

El cielo ó el suelo, drama en tres actos y en verso.

Las esculturas de carne, drama en tres actos y en verso.

Las vengadoras, drama en tres actos y en prosa.

La vida pública, drama en cuatro actos y en prosa.

Las vengadoras, comedia en tres actos y en prosa (refundida).

El celoso de su imagen, drama trágico en tres actos y un epílogo.

La mujer de Loth, drama en tres actos y en prosa.

Los domadores, drama en un acto y en prosa.

Honor sin conciencia, monólogo en prosa.

¿Infiel? comedia en tres actos y en prosa, arreglo en colaboración.

Cleopatra, drama en cuatro actos y en prosa.

El esqueleto de Venus, monólogo en prosa.

Los caballos, sátira dialogada en un acto y en prosa.

La balada de la luz, melodrama en un acto y tres cuadros, en prosa.

La barcarola, zarzuela en un acto y tres partes.

La nube, drama lírico en tres cuadros, en prosa y verso.

La expiación de Magdalena y *La vejez de Don Juan* } Monólogos confluentes.

El corneta de la partida, zarzuela en un acto y tres cuadros.

Guardia de honor, comedia lírica en un acto y en prosa.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta